
SESTO SERMON.

La caridad, fruto del catolicismo, considerada como union de voluntades para la armonía y la paz social. La Eucaristía, fuente de caridad, lazo de union y felicidad.

Hoc est præceptum meum, ut diligatis invicem, sicut dilexi vos.

(Joann. XV, 12.)

A medida que avanzamos, hermanos míos, en el estudio de la Sagrada Eucaristía, nuevos y preciosos tesoros se descubren á los ojos del alma, para convencernos de que aquella es el gran medio inventado por la eterna Sabiduría, para realizar su grande obra de la restauracion de todas las cosas en el cielo y en la tierra, á fin de llevar al hombre al término de su felicidad. No hay duda que la consumacion de esta consiste en la union perfecta con Dios en el cielo, principiada en la tierra por la fe y por el amor; pero tambien es cierto que además de esta felicidad esencial, hay para el hombre otra que se realiza en el tiempo y en la sociedad, á que le lleva la misma naturaleza. Cómo conduce Jesucristo al hombre por la Sagrada Eucaristía, lo hemos visto hasta ahora. Ella es el árbol de la vida del alma, plantado en medio del paraiso de la Iglesia, para que, alimentándo-

se de él, viva el hombre de la vida de Dios (1); pero es tambien la fuente del paraiso, que dividida en brazos, forma rios abundantes que se esparcen por la tierra, para llevar á toda ella la abundancia y la felicidad (2). Por este misterio de amor, Jesucristo se propone hacer felices á los hombres tambien en su vida social, llevando á todas partes la fecundidad del bien con el riego de sus aguas divinas, que engendran las virtudes. Perpetuando en él su vida, perpetúa su accion con su ejemplo y su doctrina; y así como en su tránsito por el mundo, dice San Pedro, que pasó derramando bienes (3) y enseñando á derramarlos con el gran precepto de la mútua caridad; así en la Eucaristía, fijando su residencia entre nosotros, continúa derramando esos bienes y diciéndonos: «Os doy un precepto nuevo: que os améis mútuamente, como yo os he amado (4). En esto, y solo en esto, conocerá el mundo que sois mis discípulos; si os amais mútuamente (5).» El amor, consumando la union entre Dios y el hombre por medio de la Eucaristía, eleva al alma al término de su felicidad: el amor, la caridad, uniendo á los hombres entre sí, por medio y por efecto de la Eucaristía, produce la mayor felicidad posible en la sociedad de la tierra.

Examinemos en este discurso y en el siguiente este carácter de la doctrina de Jesucristo y de la Sagrada Eucaristía. Una y otra son la fuente de la caridad: aquella la enseña; esta la produce y alimenta en todas

(1) Hoc Sacramentum lignum vitæ appellatur, quia in præsentí vita gratiam præstat, sive vitam gratiæ, et in futura gloriam vitæ, sive vitam gloriæ donat. (S. Bernardin. Sen., Serm. 12 de Euchar.)

(2) Gen. II, 10.

(3) Act. Ap. X, 38.

(4) Joann. XV, 12.

(5) Id. XIII, 35.

sus fases. Hoy la consideraremos como principio de union: mañana como donacion y sacrificio. Propóngome hoy demostrar que la doctrina de Jesucristo es la única que enseña y enjendra la caridad, considerada como union de voluntades, para producir la armonía, el orden, la paz social: Primera parte. Que la Sagrada Eucaristía es la fuente inagotable de esta caridad; por consiguiente, el más sólido fundamento de union y felicidad: Segunda parte. El asunto es de un interés palpitante: espero, pues, que me favorecereis con vuestra atencion.

PRIMERA PARTE.

Hace algunos años decia un célebre orador Católico: «Al dirigir una mirada reflexiva sobre la sociedad de nuestros dias, no puede menos el hombre de llenarse de pavor. A medida que el movimiento del siglo eleva á mayor altura el bienestar físico y material, una enfermedad moral, inmensa, formidable, se descubre en la sociedad. A la manera que un enfermo de gravedad se revuelve sobre un lecho suntuoso, así la sociedad se agita en medio de su opulencia: pero estas agitaciones no hacen sino cambiar sus dolores; y percibiendo el ronco respirar que se escapa de su seno, diríais que no siente movimiento sino en la fatiga, y no percibe su vida sino en sus padecimientos (1).» Otro orador ilustre, estudiando ese mal, habia dicho antes: «Un sordo gemido, una queja unánime, anuncian á toda la tierra el resfriamiento de los corazones. Bien escuche la voz del

(1) P. Félix, Conferencias de Nuestra Señora de París, 1.^a de 1854.

hombre llamado á las funciones del foro; bien la del profesor, que trasmite á la juventud sus conceptos; bien la del hombre, que más de cerca toca los resortes de los estados; la voz, en fin, que se escapa de los poros de la sociedad; no llega á mis oídos sino una sola palabra: *Egoismo* (1). Esta palabra funesta significa exclusivismo, separacion, aislamiento. El filósofo dice: mi sistema y no otro es la verdad. El rico dice: mi dinero y mis placeres; hé aquí la felicidad. El político dice: mi pensamiento, mi voluntad; ese es el orden. Y rechazándose mutuamente unos á otros, se aíslan, se encierran en su círculo, y mientras desde allí tienden á su mútua destruccion, la sociedad padece, se desconcierta, espira. Alguna vez los vereis buscarse, acercarse, unirse; pero no tardareis en verlos separarse de nuevo, rechazarse y odiarse. El interés, el egoismo, fué el móvil de la union; el egoismo producirá la separacion.

¿Quereis saber el origen de esta horrible enfermedad? Está en la filosofía antireligiosa del último siglo, que ha infiltrado su veneno en todas las clases de la sociedad: en la filosofía, que rechazando á Jesucristo, y haciendo al hombre centro y término de sí mismo, fijando sus bienes en la tierra, su felicidad en los goces del mundo, su grandeza en la soberanía, lo arruina todo; porque todo en la tierra es limitado, y las riquezas de uno se acrecientan á costa de las de otro; los placeres de uno crean el sacrificio y las privaciones de otro; la soberanía de unos rechaza la soberanía de otros. Todo lo divide y separa el egoismo; y la division es la ruina: dividir el cuerpo, es matarlo. Jesucristo lo dijo: *Omne regnum in se ipsum divisum desolabitur, et domus supra*

(1) Lacordaire, Conferencia 25, 5.^a de 1844.

domum cadet (1). Así se ha abierto por la filosofía anticatólica un abismo, hácia el cual corre la sociedad en las convulsiones de la agonía.

Ahora bien: ¿dónde está el remedio? En el Catolicismo, Señores. Un abismo, dice el Profeta, invoca otro abismo (2). El abismo del egoísmo invoca á voz en grito el abismo de la caridad; y la caridad solo está en la doctrina de Jesucristo. Solo esta doctrina la enseña, solo ella la enjendra, solo ella la extiende y le da la fuerza necesaria para producir sus admirables efectos de union, armonía, paz y felicidad. Veámoslo. San Pablo nos dice: «Amad sobre todas cosas la caridad, que es un vínculo de perfeccion (3);» es decir, un lazo que perfecciona las cosas, que por ella se estrechan. La caridad, Señores, es el amor noble y puro que nace de Dios y en Dios termina; y este es un sentimiento que acerca, une y confunde seres distintos, dándoles un centro comun y una vida comun. Oid el grande y sencillo precepto de Jesucristo: «Os doy un mandamiento nuevo: que os améis mutuamente, como yo os he amado (4).» Que os améis mutuamente. *Ut diligatis invicem*. Hé aquí la gran ley de la caridad: amaos mutuamente; porque amándoos, buscareis la mútua felicidad en la comun armonía, en la union comun.

Así como el hombre, considerado aisladamente ó en el individuo, necesita, para ser grande y feliz, vivir á imájen del Sér esencial, de Dios, porque en tanto es hermosa y perfecta la copia, en cuanto mejor reproducidos tiene en sí los rasgos del original; así tambien,

(1) Luc. XI, 17. ✓

(2) Psalm. XLI, 8. ✓

(3) Colos. III, 14. ✓

(4) Joann. XIII, 34. ✓

considerado en sociedad, necesita de esta semejanza. Dios es en su Trinidad la sociedad esencial y eterna, infinitamente desenvuelta en sí misma. Esta sociedad de las Divinas personas es el modelo necesario de las sociedades humanas, si es que aspiran á la perfeccion y á la felicidad. El constitutivo esencial de esta sociedad inefable, es la unidad; la union perfecta de las Divinas personas: unidad y union que forma de ellas un solo Sér, un solo Dios en su naturaleza. El lazo que las estrecha formando como su ley, es el amor. «¿Quién sino la caridad, dice San Bernardo, conserva esa suma é inefable unidad en la suma y bienaventurada Trinidad? La ley del Señor es la caridad, que mantiene en unidad á la Trinidad, y como que la estrecha con lazo de paz (1).» Hé aquí la sociedad del Infinito, tipo de toda sociedad finita, y cuya inefable union y armonía solo comprende el mismo Dios.

Queriendo el Hijo de Dios aproximar, por decirlo así, al hombre este modelo, se hace hombre, y presenta al mundo su union con el Padre, como sociedad y union que la criatura admire y desee imitar. Jesucristo dice: «El Padre y yo somos una misma cosa (2), y yo hago siempre su voluntad (3).» Bajando más en la gradacion del modelo, el Hombre-Dios se une á los hombres, y forma de ellos y de Dios una sociedad perfecta por medio de la Iglesia, por medio del Catolicismo: y la funda sobre el mismo principio; el amor, la caridad, y por ella la

(1) *¿Quid vero in summa et beata illa Trinitate summam et ineffabilem illam conservat unitatem, nisi charitas? Lex est ergo, et lex Domini charitas, quæ Trinitatem in unitate quodammodo cohibet, et colligat in vinculo pacis.* (S. Bern. Epist. 11 ad Guiconem, etc.)

(2) Joann. X, 30. ✓

(3) Id. VIII, 29. ✓

unidad. Da, en fin, reglas á la humanidad para que, cimentada sobre ellas, la sociedad de los hombres sea una imájen de la sociedad esencial y eterna. Cuando se une á ellos y les explica el lazo de su union, les dice: «Yo soy la vid, vosotros los sarmientos (1);» una misma sávia ó sustancia nos alimenta. Al tiempo de ir á sacrificarse por los hombres, exclama levantando los ojos al cielo: «Padre Santo, guarda en tu nombre á aquellos que me diste para que sean una misma cosa, como somos nosotros: para que sean todos una misma cosa, como tú en mí y yo en ti (2).» ¡Cuán tiernas, cuán sublimes y cuán misteriosas son á la vez estas palabras! Ellas proclaman la necesidad de la union de voluntades para la existencia de la sociedad: «Guárdalos, Padre Santo, para que tengan esa union.» Ellas presentan el lazo de la verdadera sociedad: «Para que sean una misma cosa como nosotros; así como tú lo eres en mí y yo en ti; para que el amor con que me has amado esté en ellos, y yo en ellos (3),» es decir, por la caridad. Expresan, en fin, la necesidad de la accion de Dios, sin la cual en vano trabajan los que edifican la casa (4). «Guárdalos:» te ruego que los guardes, que los conserves, Padre Santo (5).

(1) Joann. XV, 5. ✓

(2) Id. XVII, 11. ✓

(3) Id. id., 26.

(4) Psalm. CXXXVI, 1.

(5) Son hermosas las ideas que sobre esta union por caridad, desenvuelve Santo Tomás de Villanueva en su segundo sermón sobre la paz, para la feria tercera de Pascua: y encontrando en ellas confirmacion de lo que he dicho en los párrafos anteriores, no puedo resistir al deseo de transcribir algunas de ellas. Es un sermón, un comentario de las palabras del salmo: *Quam bonum, et quam jucundum habitare fratres in unum, sicut unguentum, etc.*; y dice: «Fraternitas optima est et jucunda, illa tamen quæ ab unguento charitatis procedit. Hæc unctio quatuor situs ha-

El Catolicismo, amados míos, es el único que enseña á los hombres estos misterios; el único que presenta á la sociedad ese modelo perfecto de sí misma. La sociedad significa diversidad de seres racionales unidos, formando un solo sér, como miembros de un mismo cuerpo, para comunicarse sus bienes, remediar sus males, multiplicar sus fuerzas, y elevarse á la grandeza. Se funda, pues, en la union, en la unidad; y esta solo es duradera cuando se apoya en el amor. El interés, la pasion, ó cualquier otro móvil de union, son pasajeros; pronto se irritan, arrastrando á los asociados en distintas direcciones, y destruyendo el todo que eran llamados á componer. Solo la caridad, la pasion y el sentimiento más noble del corazón humano, revestido de la gracia, subsiste siempre; y llevando en sí el sacrificio, la donacion de sí propio al amado para satisfacer sus nobles aspiraciones, nunca

bet: primum in capite; secundum in barba; tertium in veste; quartum in ora vestimenti; et ita facit quatuor maximas et singulares conformitates, sive concordias..... in capite: Caput Christi Deus; id est inter divinas personas. ¿Qualem putas esse concordiam in illa super benedicta Trinitate? Ubi tres, unus Deus; una substantia, una bonitas, una voluntas, unus amor sunt. Neque enim ibi concordia amorum est, sed unus amor; non concordia voluntatum, sed una voluntas in omnibus, imo omnes una voluntas. Non potest imaginari major concordia in mundo: nam sicut unio infinita, ita et concordia infinita est. Nam ubi infinitus est amor, necesse est quoque infinitam esse concordiam; infinita autem concordia identitas est..... In barbam, id est, in Humanitatem Christi..... Sicut hæc secunda charitas est, ita etiam secunda concordia. Nam in prima sunt tres amantes et unus amor: hic autem, è contrario, sunt duo amores et unus amans. In prima tres volentes, et una voluntas: in secunda duæ voluntates, et unus volens. In prima est concordia amantium in amore, in secunda concordia amorum in volente. Sed neque hic stetit unctio salutaris, sed descendit à barba in vestimentum; id est, supernos illos spiritus, et beatas mentes civitatis supernæ..... Sed adhuc descendit ad oram vestimenti; id est, Ecclesiam militantem.... Hæc autem sic distillata charitas, bone Deus, quantam fecit in toto orbe concordiam, quantam peperit unitatem..... Omnes nationes..... in unam fidem mirifico glutine hac unctione copulatæ, et agglutinatæ sunt.»

opone resistencia á la unidad social. El que ama se refunde en el amado, se hace una misma cosa con él, vive en él y para él; porque, como dice San Pablo, la caridad es paciente, es benigna; no es envidiosa, no se ensoberbece, no es ambiciosa, no busca sus provechos, no se mueve á ira; todo lo cree, todo lo espera; todo lo sufre por el bien del objeto de sus sentimientos (1).

Continuemos, Señores, la demostracion. Al hablaros de la humildad en el discurso anterior, dije que el hombre vive de la idea, del sentimiento que ella enjendra, y de la accion que patentiza este sentimiento. Para que el hombre esté unido á otros, es preciso que haya entre ellos unidad de ideas, de sentimientos y de acciones. Solo el Catolicismo tiene esta unidad, y él solo, por consiguiente, produce la armonía y la paz por la caridad, que solo se halla en la unidad de la Iglesia, como dice San Agustin (2). La unidad de principios y de ideas en el Catolicismo, consiste en la fe. La fe católica es una. Recorred los pueblos: desde el centro del orbe Católico marchad á los extremos de Europa; atravesad los mares; penetrad en los bosques de América y en las pagodas de la India; llegad á los confines de la Australia; y allí, al último de los cristianos, preguntadle qué es lo que cree de Dios, y del hombre, y de Jesucristo, y de la Iglesia, y de la eternidad. Su respuesta es la misma que os dará el Romano Pontífice; la misma que vereis en los escritos de los Santos Padres; la misma que os explica cada dia el sacerdote católico. Esta unidad perpétua de ideas y de principios es el origen de la gran fuerza del Catolicismo. Preguntadle luego qué senti-

(1) I Corinth. XIII, 4, et seq.

(2) Charitas ista non tenetur nisi in unitate Ecclesiae. (S. Aug., Serm. 6 in lib. 17 Homil.)

mientos le inspira esta fe: en todo el mundo vereis igual sentimiento, la esperanza, la caridad; porque la fe es la flor de la esperanza y la raiz de la caridad. Examinad sus acciones, sus ceremonias, y los actos de su Religion: do quiera los mismos sacramentos; do quiera el mismo culto; do quiera el amor, la caridad, el sacrificio de sí mismo por los demás. Es admirable esta uniformidad, esta union. Los siglos nada han añadido al Catolicismo: las revoluciones nada le han quitado. Hé aquí por qué esta sociedad es grande, robusta, imperecedera: fuera de ella todo es fugaz. Al punto que los herejes se separan de la Iglesia para formar un cuerpo aparte, vedlos fraccionarse, dividirse, rechazarse, armarse y combatirse las fracciones. Levanta Lutero el estandarte de la rebellion contra la Iglesia Católica, y á poco sus discípulos enarbolan otro contra él. No pasan dos generaciones, cuando ya se cuentan muchas sectas protestantes; y á los tres siglos son más de trescientas las fracciones que se conocen de ellos. Para dar á conocer la corrupcion de los Romanos, dijo un escritor, que contaban los años, no por los Cónsules, que anualmente se sucedian en el gobierno, sino por las mujeres que repudiaban. Así tambien de los protestantes podemos decir, que pueden contar los años, no por la revolucion de los astros, sino por las revoluciones de sus principios religiosos, por sus cambios de fe. Y las creencias del protestante inglés, difiriendo de las del francés, y las de este de las del alemán y suizo, nos presentan, Señores, reproducida la confusion de lenguas en la torre de Babel. ¡Cómo es posible la union entre esos hombres! ¡Cómo es posible la unidad de sentimientos y de acciones! Solo se unen en una cosa: en el odio á la Iglesia Católica, á la cual todos se empeñan en arruinar. ¡Cómo es posible la duracion de esa sociedad herética! Por ello ha entrado en el período

de la disolucion, síntoma de la muerte: y abortando sectas filosóficas, cuando ya no puede darlas á luz religiosas, ha dado por fruto la indiferencia absoluta, la libertad de creer cada uno lo que le acomode, y de cambiar de creencias cada dia, y de obrar en consecuencia de estas creencias. El egoismo de la idea, el egoismo de la voluntad, el egoismo en todo, hé aquí su natural consecuencia. ¡Y esto es, hermanos míos, lo que en nombre de una libertad funesta quieren y piden para España, para la nacion Católica, hombres que se esfuerzan en probarnos que son los más amantes de sus glorias y los más entusiastas de su grandeza! Han olvidado la terrible verdad que encierra el oráculo antiguo: *Divide, et vinces*; divide, y vencerás. ¿No tenemos bastante con las divisiones, con las sectas políticas, que enjendran el ódio, las revoluciones y los crímenes, para que aún se quieran añadir otras divisiones más radicales, otros gérmenes de disolucion y de ruina? La union es la fuerza, la division es la muerte; y se nos quiere quitar, se hacen esfuerzos para romper el único lazo de union que nos queda, la única áncora de nuestra esperanza. ¡Y esto, dicen, para que seamos más grandes, más fuertes! Se nos quiere dividir para vencernos. ¡Qué será de nosotros!

Inmensa influencia ejercen en la sociedad las ideas religiosas, porque el sentimiento moral es el principio de accion en los hombres y en los pueblos. Hombres que difieren en sus ideas y se rechazan mutuamente, no pueden amarse, no pueden unirse. Hombres indiferentes en sus relaciones con Dios, deben serlo precisamente en las que se refieren á la sociedad; y ni la suerte de sus semejantes, ni el porvenir de los pueblos les importa. Sea satisfecho su egoismo; vivan ellos en el estado que su ambicion les propone; triunfe su idea; lo demás ¿qué importa? Así, Señores, se explican las discordias en las

familias, las revoluciones en los pueblos, la anarquía en las naciones. Sin unidad de ideas, no hay unidad de voluntades y de intereses; no hay caridad. El hombre nunca ama lo que se le opone, lo que mira como un obstáculo para la satisfaccion de su egoismo.

Volvamos la vista al Catolicismo, y veamos el efecto social de la unidad de origen, de interés y de destino que enseña al hombre, y de la uniformidad de ideas, de sentimientos y de accion que le distinguen. ¿Qué idea nos da el Catolicismo de la humanidad? Los hombres, dice, son la gran familia del Criador; los cristianos, la familia adoptada por los méritos del Redentor. Todos somos hermanos, hijos de un mismo Padre, miembros de un mismo cuerpo. El interés de todos, es el mismo; la misma la suerte á que Dios los llama. Amaos, pues, mutuamente, dice Jesucristo; procurad el interés comun: no hagais á otro lo que no querais que se os haga á vosotros (1). Andad solícitos en conservar la unidad de espíritu con el lazo de paz. Sois un cuerpo, sed un espíritu, puesto que es una la esperanza de vuestra vocacion (2). Amad y conservad la caridad, que es vínculo ó lazo de perfeccion (3). Amaos, en fin, como Dios os ama. ¿Y cómo os ama Dios? Mirad, dice, que él se da á todos: haciéndose hombre, vertió su sangre por todos; pasó derramando bienes, hace salir el sol sobre el bueno y el malo, y llover en el campo del justo y del pecador (4). Haced lo mismo, y sed perfectos como el Padre celestial (5). Esto dice; ¿y qué más se necesita, Señores? Estudiemos sus consecuencias.

(1) Matth. VII, 12. ✓

(2) Ephes. IV, 3.

(3) Coloss. III, 14.

(4) Matth. V, 45.

(5) Id. id., 48.

Apenas esta doctrina se promulga, cuando la Judea presenta un espectáculo nuevo. El pueblo cristiano ya no es un pueblo, es una familia; es más, dice el Libro sagrado, era una sola alma, un solo corazón, una sola voluntad (1). Arrojada, como una semilla fecunda, en medio de una sociedad gastada, esta doctrina reanima á la humanidad, y creciendo se extiende por el mundo, que la acoge como único principio que puede devolverle la grandeza y la felicidad: domina la tierra, y se repite lo que la Historia Sagrada nos dice de los descendientes de Noé: «La tierra tenía un solo labio, una sola voluntad (2).» Hacer la felicidad de todos, para encontrar la felicidad individual; hacer bien al pobre, para que el pobre devuelva la bendición y el amor; hacer bien á los inferiores, porque son hermanos; amar á los iguales, porque son hermanos; respetar á los superiores, porque son hermanos. Ya no hay diferencias para el hombre, dice San Pablo, porque no hay para Dios diferencia de griego y de romano, de bárbaro y de escita, de grande y de pequeño (3): todos son hermanos. El lazo que los une es la fe con la caridad. Así como en un edificio material, dice un Santo Padre, una piedra se une con otra, mediante el cemento ó argamasa, y todas juntas forman un solo cuerpo; así también en el edificio de Jesucristo, el cristiano se une al cristiano, mediante la caridad (4). Me he hecho todo para todos, dice el Apóstol (5); ¿quién padece y no siento sus penas? ¿Quién goza y yo no tomo

(1) Act. Apost. IV, 32. ✓

(2) Genes. XI, 1.

(3) Rom. III, 23; X, 12.

(4) Sicut in corporali ædificio lapis ad lapidem cœmento mediante constringitur; sic in ædificio Ecclesiæ, christianus ad christianum charitate mediante connectitur. (Auct. imperf. Hom. 7 in Matth.)

(5) I Corinth. IX, 22.

parte en sus goces? ¿Quién me busca y no me encuentra? (1) Imitadme, como yo imito á Cristo (2); porque la caridad de Cristo nos apremia a amarnos mutuamente (3). ¡Qué armonía engendran estas palabras! La sociedad, Señores, no consiste en la reunión de los cuerpos, sino en la unión de los espíritus y voluntades; y esta unión es irrealizable sin el sacrificio del propio interés y de la propia voluntad; y este sacrificio no se concibe verdadero y durable sin la caridad.

Quando el hombre medita estas verdades tan elevadas sobre el sistema antiguo de la sociedad, no puede menos de reconocer el pensamiento de Dios, el dedo de Dios. Cuando con suave influencia se apoderan del espíritu, siéntese este renovado en todo su sér. Esa criatura, que no amaba más que á sí, que no buscaba más que á sí misma, que abusaba de lo que era en perjuicio de los demás, ó esclavizada á su vez por una fuerza superior, agitaba con desesperación sus cadenas, y no soñaba sino en el modo de romperlas, no se busca ya á sí misma. Poseída de una pasión noble y santa, de la caridad, que le hace mirar á todos como hermanos, á los superiores como hermanos primogénitos dignos de respeto, á los inferiores como hermanos más pequeños, acreedores á su solicitud y su cariño, hace de sí misma una donación voluntaria para enlazarse y estar en íntima unión con todos ellos, sacrificando sus pretensiones y su egoísmo. Este espíritu de la caridad es el único que une á los hombres (4). Él forma los súbditos como forma los re-

(1) II Corinth. XI, 29. ✓

(2) Philip. III, 17. ✓

(3) II Corinth. V, 14.

(4) Charitas fraternitatis vinculum est, fundamentum pacis, tenacitas ac firmitas unitatis. (S. Cyprian. lib. de bono patientiæ, 15.)